

Columna

El desafío de una cultura sin discriminación



Por Paulina Valdés Hidalgo.
 Jefa Unidad de Inclusión de la
 Universidad Católica de la
 Santísima Concepción (UCSC).

El Día de la Cero Discriminación no es solo una fecha en el calendario. Es una invitación a detenernos y reflexionar sobre cómo convivimos, nos relacionamos con quienes son distintos a nosotros y qué tipo de comunidad estamos construyendo. En este escenario, las universidades cumplen un rol central, ya que no solo forman profesionales, sino también personas llamadas a aportar a la sociedad desde la responsabilidad, el respeto y el reconocimiento de la dignidad humana como principio fundamental.

Las generaciones que hoy inician su vida universitaria han crecido en un entorno diverso y profundamente interconectado. Las identidades, culturas y trayectorias ya no responden a un único molde; y esa diversidad, lejos de ser una dificultad, constituye una oportunidad para construir espacios universitarios más empáticos, respetuosos e inclusivos. Reconocer la diversidad como parte de la condición humana implica también comprender que cada persona posee un valor propio, independiente de sus características, creencias o experiencias de vida.

La discriminación, sin embargo, no siempre se manifies-

ta de manera abierta. Muchas veces opera de forma silenciosa, en comentarios que se normalizan, en estereotipos que persisten o en prácticas cotidianas que excluyen a quienes no encajan en lo que se considera "normal". Estas dinámicas, aunque sutiles, impactan profundamente en la experiencia universitaria y en el sentido de pertenencia de quienes las viven. Frente a ello, el rol de las nuevas generaciones resulta clave. Su disposición a cuestionar conductas heredadas, abrir conversaciones incómodas y promover espacios seguros puede impulsar transformaciones reales y sostenidas en las instituciones de educación superior.

La empatía es un elemento central en este proceso. Escuchar activamente, reconocer experiencias distintas y comprender que no todas las personas parten desde el mismo lugar permite construir relaciones basadas en el respeto mutuo y la justicia. En la vida universitaria, esto se refleja en aulas donde la diferencia es valorada como un aporte, en trabajos colaborativos donde nadie queda fuera y en comunidades que comprenden que la diversidad, el cuidado del otro y la responsabilidad compartida forman parte del bien común.

Como país, hemos sido testigos del impacto de los mega incendios que afectaron a nuestra región, dejando a cientos de familias sin vivienda y en situación de alta vulnerabilidad. Frente a esa tragedia apareció con fuerza un rasgo que nos identifica: la capacidad de organizarnos, colaborar y apoyar sin distinciones. Ese mismo espíritu solidario, presente en los procesos de ayuda, reconstrucción y acompañamiento, es el que debiera orientar una cultura de 0 discriminación. Así como nadie queda fuera cuando se trata de apoyar en momentos de crisis, tampoco debiera quedar fuera cuando se trata de aprender, participar y convivir en la universidad.

Promover una cultura de cero discriminación es una tarea cotidiana, que se construye en las salas de clase, en los pasillos y en cada interacción. En este Día de la 0 Discriminación, reconocer el potencial transformador de las nuevas generaciones resulta fundamental. Avanzar hacia universidades donde la diversidad sea respetada y valorada es también avanzar hacia una sociedad más justa, empática y profundamente humana, centrada en la dignidad de cada persona.